MOSAICOS VENECIANOS

Con forma circular, están ubicados sobre cada paño de pared, con diseños originales realizados por el Prof. Domingo Rafel Ianantuoni (1912-2008), profesor, escritor, pintor y mosaiquista, vecino destacado de la comunidad del barrio de Almagro. Cada pieza encierra un simbolismo.

LA TRINIDAD

La Unidad y Trinidad de Dios constituyen un misterio. El hombre no lo abarca porque lo finito no puede comprender lo infinito.
Señalamos, pues, en el mosaico, dentro de las reducidas posibilidades del grafismo en el misterio teológico, con el azul profundo, el Cielo, morada del Altísimo; con el ojo sereno y luminoso, a la Causa testigo de la Creación; con el monograma XP al Hijo dilecto; y con la Paloma al Amor, que constituye la esencia del Espíritu Santo.
Las Tres divinas Personas en un trébol de luz increada.

ALFA - OMEGA

Para eludir el viento torbellino que desatara la idolatría, los primeros cristianos debieron valerse de ciertos símbolos. Uno que se impuso por su simplicidad y belleza fue XP. Eran éstas las dos primeras letras del nombre de Jesús, según lo denominaban los griegos: "CRISTO", cuya traducción literal es: "UNGIDO".
Ya en las catacumbas se encuentra este monograma sellando los sepulcros de los mártires. A ambos lados del mismo flotan, en nuestro mosaico, otras dos letras griegas: alfa y omega, que son la primera y última del respectivo alfabeto.
Ellas significan que Cristo es el principio y el fin.
¿De qué? De la vida, que está expresada en el luminoso amarillo del fondo.
Así, pues, el Ungido, principio y fin, sella la luz de la Vida, santificándola con su gracia. Y el laurel, que se ve circundando ese ámbito radiante, es el emblema del galardón con que Dios Padre corona a los hijos que tienen impresa en el alma la señal de su Enviado.

EL MAR

En el mar proceloso del tiempo, que todo lo destruye, bogan las vidas y las instituciones. En él botó también su nave el Salvador: la Iglesia.
Esta, surca serena y segura las olas a través de acantilados y ocultos escollos, llevando a Cristo, simbolizado en el pez, como obra viva y timón.
El blanco velamen turgente la impulsa con ímpetu de vuelo hacia el puerto de la Esperanza.
Una lámpara en el castillo de popa, irradiando la dorada fulguración de la fe, repite a las generaciones las palabras del Maestro: Las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella. Por eso la ven desde hace dos siglos los ojos de la Historia venciendo el tiempo y superando las vicisitudes de la miseria humana.

EL PEZ

Dentro de la simbología cristiana, el pez sirvió, como la paloma, para representar el espíritu, el alma.
Este, que lleva en la pluralidad cromática del mosaico la mención de los dones del Cielo, se halla inmerso en el océano de la Vida y suspira por la eterna, anhelando el Pan de Ángeles que la brinda.
Poema del blanco Amor, sueño de Eternidad en la mística simbiosis de la estreches humana con la opulencia divina.

LA LÁMPARA

Sobre la dura tierra ocre, páramo de dolores y amargas lágrimas, y enmarcada por el fondo esmeralda de la Esperanza, está la roja lámpara sagrada del Corazón.
El aceite de las buenas obras alimenta la llama de la fe, que ostenta la aureola blanca de la santificación.
El símbolo de la Redención se eleva con estructura de monumento, como recordando al alma que sólo a través del renunciamiento, del sacrificio y del dolor se purifica el corazón y se aquilatan los oros de las humanas acciones.

EL CORDERO

¡Alma!: Corderuela del rebaño selecto, regalada con las claras aguas de la palabra divina, cómo te endiosas en la sublime y misteriosa asimilación: ("¡di estis!" ¡seréis dioses!) dijo el Apóstol.
El agua es palabra y la palabra es Dios: "Deus erat verbum".
Dichosa tú que tienes seguro de Vida eterna en el fecundo manantial del Evangelio. "Quien oye mi palabra y la cumple, entrará en el Reino".

EL ANCLA

La mar profunda llama con las voces espectrales del antro.
El lejano horizonte dilatado desdibuja la Esperanza.
Pero la Cruz surge como ancla de salvación y el alma, blanca paloma angustiada, extiende hacia ella sus alas, en actitud implorativa.
"In hoc signo vinces". "Con este símbolo triunfarás", clama el recuerdo con vos de Historia. El símbolo es la Cruz, la Cruz, ancla, y el ancla, salvación.

LA EUCARISTÍA

¿Magia? Sí: magia divina.
Bajo el influjo de la palabra la espiga de trigo y el racimo de la vid transmutan su sustancia en la gloria del Cuerpo y la Sangre del Redentor.
Respaldando el misterio, está, detrás, la Cruz en dos planos verdes que acercan el alma a la Esperanza.
Lejos, el fondo gris, nubiloso, que recuerda la amargura de la vida terrena. Y en los oídos, la frase eufórica que llenó los ámbitos del cenáculo: "Quien comiere de este pan y bebiere de este vino hallará la Vida".

LA PALOMA

Desde los más remotos tiempos del Cristianismo, le paloma sirvió como elemento para representar el alma.
Hablan de candor su blancura; de santificación su halo; de cándidos ensueños sus alas tendidas en vuelo.
Sobre al fondo azul ultramar cuya pureza de color e intensidad de tono dicen de la profundidad de la fe, se destaca como un faro luminoso la Cruz. Esta tiene un límite rojo que involucra el doloroso recuerdo de la cruenta inmolación del Salvador. En el blanco y amarillo de su interior palpitan los colores del lábaro que distingue la pléyade cristiana.
El tono claro que asciende, desde la base, a manera de vaho, implica el anhelo de alcanzar, por ascensión espiritual, la mansión eterna, la región ensoñada del gozo, donde la plenitud del ansia encuentra caudal saturante en la beatífica visión de la Divinidad.

LA MANO

Así como el amor de Dios impulsó al Unigénito al camino pedregoso de la Redención, así también el amor humano, simbolizado en el corazón impele a la mano a sembrar estrellas de ilusión y de bien.
¿Por qué solo una mano?
La respuesta está en las páginas evangélicas: "No sepa tu izquierda el bien que realiza tu diestra".

LA CRUZ

Los elementos que intervinieron en la Redención se presentan en este cuadro dentro de un haz luminoso que sube de la Tierra al Cielo.
La corona de espinas que punzara la frente y la Cabeza del Salvador; la lanza que descubrió al Mundo el misterio de Amor del Corazón de Dios; la esponja que llevó el acíbar a los labios resecos y los clavos que taladraron pies y manos entonan en clamoroso coro el Miserere de la Humanidad.
Desde su trono Dios contempla y perdona.
"Nuestra Tierra ha dado su fruto".

LA PAZ

El fondo de Cielo implica la Esperanza definitiva. El lila de la Cruz tiene elocuencia de duelo espiritual por las defecciones en la lucha. El rojo que bordea al Signo nos habla del aliento combativo que nos procura el ejemplo de Cristo.
A quienes, a pesar del sufrimiento siguen luchando con ardor en los campos de la perfección anímica, el Cielo les envía como preciado don interior, la Paz, simbolizada en el olivo. La paloma del alma la retiene en su pico como símbolo de felicidad en medio de la penumbra y la angustia de este valle de lágrimas.

MARÍA

¿Qué significa la M, María o Madre?
El símbolo los junta como lo hiciera Dios: María Madre.
El Celeste despierta recuerdos de dulce ensoñación, y el blanco de pureza Inmaculada.
La vara del lirio destruyó el poder del veneno ofídeo; destruyó más tarde la ambición de la Media Luna avasallante.
Dios que contempla con dilección a María Madre ha inundado nuestro corazón con el caudal de su amor por Ella.
El rojo que circunda su nombre nos da título de presencia a su vera. Está formado por los corazones puros de toda la Cristiandad.

EL PECADO

Paraíso terrenal. Hora cero.
El Ángel malo Inyecta su ponzoña en la manzana bíblica.
Se levanta por detrás de los montes verdinegros, un cielo de tragedia.
¿Para qué recordar? Es historia que el que Es, arrojó en el pozo del olvido.
¿A qué viene esta visión?
Es que trae a la memoria la frase felicísima de un Santo: "¡Bendita culpa que mereció tal Redentor!"

LA JUSTICIA

Hay una justicia taxativa de tradición multisecular que se resume en la frase "ojo por ojo".
Hay otra justicia, la evangélica, basada en el perdón: "Perdónanos, así como nosotros perdonamos". Los platillos han quedado sin carga. El olvido generoso sustituyó a la venganza.
El premio de ese olvido es un laurel que el cristiano agradecido, deposita sobre el leño sagrado, pues por él ha recibido la suprema gracia del olvido divino de sus infidelidades terrenas.